

Olfato de Gol

NUEVOS CUENTOS DE FÚTBOL



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ouvrage publié avec le soutien de la Commission des publications de la Faculté des lettres et sciences humaines de l'Université de Neuchâtel

Del prólogo: © Antonio Sánchez Jiménez, 2022

Del epílogo: © José Domínguez Búrdalo, 2022

De los relatos: © Raquel Lanseros, 2022; Noemí Sabugal, 2021; Ana Merino, 2021; Florencia Calvo, 2021; Alonso Cueto, 2022; Iván Parra García, 2022; Pablo Brescia, 2022; Rubén Varona, 2022; José Domínguez Búrdalo, 2022, Alfredo Relaño, 2022; Manuel Vilas, 2022; Mario Sánchez Jiménez, 2022; Ignacio Molina, 2022; Fernando Sorrentino, 2022; Edmundo Paz Soldán, 2022 y Antonio Sánchez Jiménez, 2022

Ilustración de cubierta: © Gala Fernández Montero, 2021

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-04-3

Depósito legal: M-2940-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Olfato de Gol

NUEVOS CUENTOS DE FÚTBOL

Edición de Antonio Sánchez Jiménez
y José Domínguez Búrdalo



Índice

Prólogo	
Antonio Sánchez Jiménez	9
Décima futbolística	
Raquel Lanseros	15
El señor Alcino	
Noemí Sabugal	17
Cada día	
Ana Merino	25
Será en un meandro del río	
Florencia Calvo	33
Velada	
Alonso Cueto	51
Incandescencia de los olvidados	
Iván Parra García	55
Dos tiempos distintos	
Pablo Brescia	65
La maldición de Garabato	
Rubén Varona	77
Saque de honor	
José Domínguez Búrdalo	91

El idilio que emponzoñó el fútbol	
Alfredo Relaño	III
Real Madrid	
Manuel Vilas	117
El fichaje	
Mario Sánchez Jiménez	119
El arquero	
Ignacio Molina	127
Con <i>la de palo</i>	
Fernando Sorrentino	139
Billie Ruth	
Edmundo Paz Soldán	153
Manco Cápac	
Antonio Sánchez Jiménez	167
Epílogo (<i>Al principio también hubo de ser la palabra</i>)	
José Domínguez Búrdalo	175
Bibliografía Fuentes citadas	211

Prólogo

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ

¿*NUEVOS CUENTOS DE FÚTBOL?* Como lo oye, pues hay que empezar siempre con un homenaje, en este caso a los *Cuentos de fútbol* que recogió Jorge Valdano (1995). Ese volumen incluye el alfa y el omega de la literatura futbolística, o al menos los dos polos entre los que, pensamos, se debería mover este arte. Pongamos que el primer polo es el que explora «19 de diciembre de 1971», de Roberto Fontanarrosa, cuento que relata hasta qué punto pueden estar unidos fútbol y pasión (en ese texto dulcemente mortal). Y que el segundo, también austral, es el territorio de «Atiguibas», de Julio Ramón Ribeyro, relato que conecta el balompié con el misterio, un misterio que puede ser casi cualquier cosa, pero que en ese caso esconde solo melancolía. Por esas pasiones (éxtasis, melancolía), y, desde luego, por el misterio, deberían pasar los cuentos de fútbol, viejos o nuevos. Por ellas, al menos, transcurre este libro.

Los cuentos que incluye son nuevos. Por diversos motivos. En primer lugar, porque exploran temas y figuras secundarias, olvidadas o apenas recordadas. Por ejemplo, el lector encontrará en estas páginas múltiples referencias a la infancia. Tal vez para recuperar mediante la literatura un deporte que empezó siendo *hobby* de privilegiados, sí, pero que se hizo grande con el fervor de las clases populares... hasta que los últimos años del siglo XX y primeros del XXI lo convirtieron en pasto de corporaciones multinacionales, o de multimillonarios más o menos petroleros. En cualquier caso, la infancia; una infancia que puede ser nostálgica o candorosa, pero que rueda tras el balón de la «Décima futbolística» de Raquel Lanseros (¡otra novedad!: una décima no es un cuento...), tras la sombra de «El señor Alcino», de Noemí Sabugal, o tras el equipo de niñas y el fastuoso final de «Cada día», de Ana Merino. En él se recoge ya una preocupación social, esto es, un afán satírico, que encontramos en otros cuentos de nuestro volumen: «Velada» (de Alonso Cueto), «Incandescencia de los olvidados» (de Iván Parra García), «Dos tiempos distintos» (de Pablo Brescia), «La maldición de Garabato» (de Rubén Varona). Y también dos referencias (el equipo de mujeres, Maradona) que reaparecen, relacionadas con la promesa y la creación literaria, en «Será en un meandro del río» (de Florencia Calvo).

La pasión y el afán cuasi épico por los colores no son precisamente nuevos, pero tienen cabida en este libro merced a una serie de cuentos que exploran diversos subgéneros literarios. «Saque de honor» (de José Domínguez Búrdalo) retoma el tema metaliterario, pero también la poesía (sonetos), a la que añade un tono de melancolía y fantasía. «El

idilio que emponzoñó el fútbol» (de Alfredo Relaño) también toca el género fantástico (o maravilloso): es una fábula, casi un sueño lucianesco. En él se alude a cierto equipo blanco que atruena en el título de «Real Madrid» (de Manuel Vilas), fantasía postapocalíptica que tal vez encuentre respuesta (al menos, por su situación en el volumen) en el amable Fofinho de «El fichaje» (de Mario Sánchez Jiménez), que une un tono naïf con la parodia y la sátira. Luego, las pasiones oscuras (¿como las que escondía «Atiguibas»?) tienen cabida en dos relatos argentinos que parecen concebidos para aparecer en contraste: «El arquero» (de Ignacio Molina), que de nuevo se conecta con la arquera escritora de «Será en un meandro del río»; «Con *la de palo*» (de Fernando Sorrentino), donde el (posible) horror queda mitigado por un final abierto (no todo queda en el campo...). Esos tonos se mezclan con la nostalgia y el amor en «Billie Ruth» (de Edmundo Paz Roldán), y con la burla y la fanfarria historicista en «Manco Cápac» (de Antonio Sánchez Jiménez).

¿Más novedades? Una que no parece baladí: el punto de vista femenino. Otra, tal vez propia de las manías de los dos editores: el punto de vista académico. Este se manifiesta en el «Epílogo (Al principio también hubo de ser la palabra)» (de José Domínguez Búrdalo), necesario contrapunto de este «Prólogo».

Pero basta de literatura. ¿Que cómo se ordena la colección? (Es la pregunta de siempre). Como se puede. Podríamos haber pedido posiciones en el campo, claro, y apostar por un 4-4-2, un 3-5-1-1, una formación con líbero, con delantero fantasma, incluso... Podríamos, sí, pero somos más de once, y tendríamos que haber recurrido al ominoso ban-

За массовыми



УТБ ○



quillo. Además, tendríamos dos arqueros... Y un linier (no desvelaremos ese secreto), un adicto a los goles de puntera (tampoco levantaremos ese velo) y quién sabe cuántas miserias más. Mejor no, pues. ¿Que cómo se ordena el libro? Mejor dejarlo en misterio. Quien lo probó, lo sabe, como enseña «Atiguibas».

Décima futbolística

RAQUEL LANSEOS

(Jerez de la Frontera, 1973). Su último libro de poesía, *Matria*, obtuvo en 2019 en España el Premio Nacional de la Crítica y el Premio Andalucía de la Crítica. Ha sido publicada en Francia, Estados Unidos, Colombia, Argentina, Italia, México, Portugal, Marruecos, Perú y Puerto Rico. Doctora en Didáctica de la Lengua y la Literatura, es autora asimismo de numerosas publicaciones académicas en el ámbito de la poesía, los estudios de género, la transversalidad del conocimiento y la traducción.

EL FÚTBOL: ese hechicero
capaz de unir corazones
que convocan emociones
alrededor del larguero.
En este instante yo quiero
saborear tu importancia
y esa armoniosa elegancia
de once más once, que son
el recuerdo de un balón
que vuelve siempre a la infancia.

El señor Alcino

NOEMÍ SABUGAL

(Santa Lucía de Gordón, León, 1979), es autora de las novelas *El asesinato de Sócrates*, que fue finalista del Premio de Novela Fernando Quiñones y elegida para representar a España en el XI Festival Europeo de Primera Novela de Budapest; *Al acecho*, ganadora del Premio de Novela Felipe Trigo; y *Una chica sin suerte*, sobre la cantante de *blues* Big Mama Thornton. Su último libro es *Hijos del carbón* (Alfaguara), una crónica sobre el cierre de las minas de carbón en España en la que también están sus recuerdos como hija y nieta de mineros. Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, obtuvo el Premio de Periodismo de Castilla y León Francisco de Cossío por el reportaje *De cruce de caminos a cruce de culturas*, sobre la inmigración en el barrio leonés del Crucero.

EL SEÑOR ALCINO era el hombre más malvado que había conocido, lo que significaba que era el hombre más malvado del mundo. Cuando jugábamos al fútbol y el balón se nos escapaba y salía volando por encima de la valla metálica que cerraba el patio del colegio, nos poníamos a gritar de pánico. El balón huido había caído en la finca de Alcino. Corríamos entonces hacia la valla y apretábamos contra ella nuestras manos angustiadas. No pasaba mucho tiempo hasta que Alcino, que podía estar dentro de la casa pero siempre descubría la caída del balón, no se sabía cómo, o bien limpiando las malas hierbas de la huerta o quitando las babosas de las lechugas, iba a donde había caído y lo cogía.

Con el balón en una mano, Alcino nos miraba desde abajo, con un brillo turbio en los ojos, y metía la otra en el bolsillo del pantalón de pana, que parecía el único que

tenía. Del bolsillo sacaba la navaja y, con un solo corte, preciso y rápido, rajaba el balón y lo estrujaba levantándolo hacia arriba, para que pudiéramos verlo bien. Después cogía el balón desventrado, ese animal moribundo por el que ya llorábamos, metía un palo por la herida y lo llevaba a aquella esquina odiada de su finca. Ese lugar maldito en el que había un número incontable de balones atravesados por palos y clavados sobre la hierba, como la colección de cabezas de algún cazador de hombres. Algunos de los balones del cementerio de Alcino tenían muchos años, estaban descoloridos y el cuero se había cuarteado. Muchos habían pertenecido a nuestros padres, pues Alcino había aterrorizado a varias generaciones.

De poco valían, lo sabíamos, nuestros gritos. A insultarlo no nos atrevíamos, pues a algunos de los padres que habían ido a la puerta de Alcino a reclamarle el pago de los balones, buscando en la edad adulta la valentía que no habían tenido de niños, él los había recibido con la navaja en la mano y los mismos ojos turbios. Los padres se retiraban entonces, dando pasitos hacia atrás, porque lo mismo que se raja un balón se hace con una barriga, y luego en casa intentaban disfrazar el miedo diciendo que, bah, Alcino estaba mal de la chola y que no había que hacerle mucho caso, que eran cosas sin importancia y que ya mañana comprarían otro balón.

El caso es que ese día, aunque otros me había aguantado las lágrimas, sobre todo porque mi padre era de los que se habían retirado de la puerta de Alcino dando pasitos hacia atrás y no quería recordárselo, volví a casa con los mocos hasta la barbilla. Con una rabia y un tembleque que

paseé por todo el pueblo hasta que llegué a casa y me derumbé sobre la mesa de la cocina. Con la cara sobre los brazos, berreaba como un bebé, avergonzado pero incontrolable, mientras mi abuela, que estaba en casa esa tarde, me masajeara la espalda. Cuando fui capaz de levantar la cara, con los ojos hinchados y manchas rojas en las mejillas, mi madre me hizo un colacao. Mientras lo bebía y me calmaba, mi abuela me peinó el pelo con los dedos.

—Entonces, ¿qué pasó? —me preguntó mi abuela.

Cuando por fin pude hablar, contesté.

—Alcino nos rajó el balón.

Nicanora, mi abuela, suspiró y dijo:

—Ay, Alcino, qué triste vida la de Alcino.

Yo me quedé mirándola asombrado y el colacao caliente en el fondo del estómago se me empezó a enfriar.

—¿Cómo que triste? No sé qué tiene de triste. Para tristes nosotros que no nos alcanza la paga para comprar balones.

Mi abuela movió la cabeza.

—Hay muchas cosas de Alcino que no sabes —dijo.

Entonces me contó la historia. Y no me dio pena de Alcino, ninguna pena, pero me dio una idea.

ESE DÍA NOS JUNTAMOS CUATRO, los más amigos: Toño, Piru, el Zanahorio y yo. No estaba seguro de qué podríamos encontrar, pero había que intentarlo. Por otros abuelos, y porque lo habíamos visto alguna vez, sabíamos que ese era el día del cobro de la pensión y que Alcino salía entonces de casa, con la cartilla en la mano, camino del único banco que había en el pueblo. Espiábamos su salida agachados

tras unos setos que había en una casa cercana, la de Mariló y Ramiro, que trabajaban en la fábrica de cerámica y no volverían hasta la hora de comer. Nos habíamos pirado las clases y nos daba un poco la risa estar agachados tras los setos, pero la verdad es que teníamos miedo.

Cuando vimos que Alcino salía de casa, se nos puso una bola en la garganta, y cuando desapareció calle abajo, camino del banco, echamos una carrera desesperada hasta su puerta. No sabíamos abrirla, el plan era otro. La semana anterior, de noche, habíamos logrado levantar uno de los postes de la malla metálica que cerraba la finca de Alcino, y lo habíamos clavado en el suelo otra vez, como si nada. Ahora era el momento de volver a levantarlo para pasar reptando por debajo de la malla. Primero pasaron el Zanahorio y Piru, y después, desde dentro, nos sujetaron el poste para que pasáramos Toño y yo.

Como solía, la ventana de la casa de Alcino que daba a la huerta estaba entreabierta y fue muy fácil abrirla del todo y colarnos dentro los cuatro.

La casa de Alcino olía a humedad y a viejo. Las paredes del salón estaban cubiertas de un papel con flores muy feo que seguramente había elegido su madre, la señora Úrsula, que había muerto cinco años antes y nunca había conseguido que su hijo dejara de clavar balones en su finca. En el salón solo había una tele, un sofá de dos plazas con la tela muy gastada y un aparador alto con vajilla dentro. Pensamos que, si encontrábamos algo, sería en su dormitorio, y no nos costó distinguirlo, porque en la casita solo había dos y el de la madre tenía el mismo papel de flores del salón.

—No me puedo creer que estemos en la habitación de Alcino —dijo Zanahorio—. Me gustaría bajarme los pantalones y dejarle una cagada sobre la almohada, lo que pasa es que ahora no tengo ganas.

—No estamos aquí para eso, Zanahorio —dije—. Lo mejor es que no sepa que hemos entrado.

Fue Toño el que encontró lo único valioso que sacaríamos de la casa de Alcino esa mañana. Era una fotografía de él de joven, no había duda, con aquellos ojos, aunque parecían distintos, menos fieros. La foto estaba metida en una caja de zapatos que tenía pañuelos y un par de calcetines de lana. En la foto, Alcino vestía de futbolista. Llevaba pantalón corto y una camiseta a rayas cuyos colores desconocíamos, porque la foto era en blanco y negro. Alcino posaba y sonreía, con un pie encima de un balón.

Cogimos la foto y salimos de allí a todo correr.

NOS AYUDÓ LA HERMANA de Toño, que estaba estudiando Historia en la Universidad de Salamanca y los fines de semana volvía al pueblo. Como no logró encontrar nada por internet, tuvo que ir a la biblioteca y allí, en los archivos, estaba lo que necesitábamos. El resto fue muy fácil: un día que el conserje estaba pendiente de la descarga de gasoil para la calefacción del colegio, nos pusimos a hacer fotocopias como locos. Hicimos cien fotocopias o más, no sé, y salimos de la conserjería con la cara falsa de no haber roto un plato, solo nos faltó silbar. Menos mal que no pasó ningún profesor por allí.

Teníamos previsto hacerlo el mismo día que sabíamos que había ocurrido, porque creíamos que así se recordaría

más. Nos costó mucho callarnos esos dos meses, mientras lo planeábamos todo. No hablábamos de otra cosa, parecía que teníamos entre manos una conspiración importante. Hasta soñábamos con ello.

Y encima ese día cayó en domingo, lo que fue incluso mejor. Estábamos además a finales de curso y la excitación de las vacaciones se nos juntaba con la de nuestra acción secreta contra Alcino, así que vivíamos en tal estado de burbujeo que no sé cómo no estallábamos.

Decidimos hacerlo a media mañana, cuando los bares estuvieran llenos. Estoy seguro de que todo el mundo nos reconocería, aunque nadie dijo nada después. De todas formas nos pusimos las caretas de superhéroes que habíamos comprado. Nos convertimos en Hulk, Spiderman, Batman y Thor, y empezamos a pegar los carteles. Alguna gente se acercaba a verlos y se reía. Movían la cabeza afirmativamente y les oíamos hablar de aquello. Los mayores se lo explicaban a los más pequeños y estos lo hablaban entre sí y sabíamos que sentían como propia la gloria de nuestra venganza.

Mi abuela me había dicho que después de aquello, Alcino se había encerrado en casa. No salió durante muchos meses y todo el mundo había visto a su novia, con la que iba a casarse el verano siguiente, aporreando su puerta sin que nadie saliera a abrir. Alcino se refugió junto a su madre. No quiso hablar con ninguno de sus amigos y la novia acabó casándose con uno de ellos y yéndose a vivir a la ciudad.

Fallar aquel penalti impidió que el equipo del pueblo ascendiera de categoría. El follón fue tremendo. Alcino era el mejor jugador del equipo, el que lo había llevado hasta la

oportunidad de ascender a segunda división. Pero había fallado aquel penalti, y todos, como una única garganta, habían gritado su nombre desde las gradas: ¡Alcinoooooo!, y la decepción y la furia habían empezado a verterse en insultos y desprecios. El héroe, en menos de un segundo, el segundo fatal en el que el balón se había desviado para acabar rozando el palo y saliéndose por la derecha, se había convertido en el ser más odiado del pueblo.

Cuando todos los carteles estuvieron colocados y fuimos hasta la casa de Alcino, me tocó a mí llamar al timbre. No porque fuera el más valiente, sino porque lo habíamos echado a suertes. Apreté el timbre varias veces y me escondí tras los setos. Alcino tardó bastante en salir, pero cuando lo hizo descubrió enseguida la hoja de papel pegada en su puerta. Frente a la casa había un muro y allí habíamos pegado cinco más. En cuanto Alcino las vio, corrió hacia ellas y las arrancó. Después se perdió calle abajo, gritando como un loco, quitando las hojas que habíamos puesto por allí. Sabíamos que tardaría mucho en encontrarlas todas, porque habíamos empapelado el pueblo de arriba abajo.

En los carteles habíamos puesto la noticia del periódico del día que Alcino había fallado el penalti y el equipo no había podido ascender. El fracaso se contaba con letras bien grandes en el titular. Debajo pegamos la foto de Alcino y esta frase:

Alcino, delantero sin tino. Y ahora ¡rajabalones!

Cada día

ANA MERINO

(Madrid, 1971), ganadora del Premio Nadal 2020 con la novela *El mapa de los afectos*, ha publicado recientemente la novela *Amigo*. Es catedrática en escritura creativa en español y estudios culturales en la Universidad de Iowa donde fundó el MFA de escritura creativa en español. Ha publicado nueve poemarios y ha recibido el Premio Adonáis y el Premio Fray Luis de Poesía.

Es autora de varias obras de teatro estrenadas en Zúrich y en Iowa City. Ha sido pionera en el desarrollo de la formación académica del cómic con numerosos ensayos especializados, textos para catálogos y artículos para divulgación. Ha comisariado seis exposiciones de cómic y ha escrito columnas de opinión para *El País*.

ES ALGO TAN SENCILLO como una mosquitera y sin embargo tan difícil de poseer para las gentes que habitan en las casuchas fabricadas con tablones de un solo habitáculo. El asentamiento es una simple barriada de miseria densa y calles de barro y tristeza. No tienen nada, ni camas dignas, ni colchones, ni sábanas; con suerte, un par de gallinas que picotean en la entrada.

Sara lleva mosquiteras casa por casa, las regala y explica su utilidad:

—Los mosquitos hembra que transmiten la malaria suelen picar temprano en la mañana.

Sara va desdoblado la mosquitera rosa en el suelo de la habitación y contempla a la mujer embarazada, con dos

niños pequeños apoyados en sus piernas, que la observan en silencio. Mira el camastro de sacos viejos de esparto y le entran ganas de echarse a llorar. Trae mosquiteras, pero no hay camas, esta pobre gente no tiene nada. Saca unos clavos y los va ajustando como puede a la pared y al techo sosteniendo la red fina de la mosquitera con hilo resistente de caña de pescar.

—Deben meterse dentro, la red protege, pero si duermen pegados los mosquitos podrán picarlos desde fuera, hay que dejar espacio entre sus cuerpos y la mosquitera.

SARA SE DESPIDE con amabilidad, sale de la chabola y camina hacia el arroyo, el agua baja sucia y hace pequeños meandros donde se nota un olor fétido. No le sorprende la proliferación de los mosquitos, hay también neumáticos viejos y bidones rotos de metal oxidado con agua de lluvia. Siente que la campaña de las mosquiteras es una venda ridícula, el panorama es inabarcable y desolador. Camina hacia una de las explanadas de tierra seca donde el sol cae de lleno al mediodía. Allí los niños juegan a la pelota, regatean con gracia tras un balón de futbol desinflado que apenas rueda. Solo las patadas hacen que se mueva de un lado a otro. Las voces y las risas contrastan con la sequedad y el polvo.

A lo lejos, bordeando algunas sombras, hay plantas exuberantes que muestran su verdor de grandes hojas abiertas. Hay flores rojas, pájaros e insectos. La vegetación ofrece sus dones y decora los lados del camino que lleva a las plantaciones de caña. La vida en el batey es amarga, no im-

porta los kilos de azúcar que produzcan. Alguien endulzará sus cafés y sus bizcochos con lo que se origine en esta finca interminable. Sara simplemente está de paso repartiendo mosquiteras y haciendo un censo informal de la pobreza en su cuaderno de notas. No tienen nada y sin embargo agradecen su gesto y le abren las puertas de su hogar y escuchan atentos sus palabras:

—Tampoco debéis compartir las cuchillas, con la sangre de un simple corte se transmiten muchas enfermedades.

Mueven afirmativamente la cabeza, pero eso es más difícil de cumplir, allí nada es desechable, todo se reutiliza hasta que se mella la fina hoja y es totalmente inservible.

CUANDO SARA LLEGA al campamento arrastra cansancio y desánimo. Se tumba en su litera y observa la red rosa que la protege de los mosquitos. Al rato, algunas niñas la llaman desde el marco de la puerta:

—Sara, Sarita, venga a ayudarnos con el agua, por favor.

La mujer sale y acompaña a las niñas que ya se han aprendido su nombre. Son menudas y llevan grandes cubos y garrafas de plástico, no tienen suficiente fuerza para apretar la palanca de la bomba manual del pozo. A ella también le cuesta porque parece que se atasca, pero al hacer presión con las dos manos y apoyar el peso de su cuerpo, logra que salga el agua. Hace bastante esfuerzo presionando una y otra vez, las niñas se lo agradecen y se marchan cargando cada cubo entre varias. Son alegres y vivaces, de enorme belleza. Sus ojos brillantes y su piel oscura, casi de un negro azulado, contrasta con la intensa

blancura de sus dientes. Están descalzas, llevan el pelo muy corto, con algunas trenzas, van vestidas con camisetas viejas de algodón, con ropas desteñidas que acompañaron a otras vidas.

—¡SARA! —La voz de David la está llamando desde el coche, justo a la entrada del barracón—. Vente conmigo, voy a la ciudad a hacer algunas compras.

Sara coge su riñonera y se acomoda en el asiento del copiloto, baja la ventanilla y busca el aire. El coche es muy viejo, huele a rancio y hace demasiado calor dentro.

—¿QUÉ TAL TE HA IDO el día? —le pregunta David mientras mete la segunda marcha y sorteando algunos baches y piedras del camino.

—No entiendo cómo has podido aguantar tanto tiempo —responde ella, pesarosa.

—Te acostumbrarás, hay tanto que hacer, yo ni me he enterado de que llevo ya tres años.

—No tienen nada, esta es la campaña más dura que he hecho. Hay otras zonas pobres, pero esto...

—Es porque son haitianos, aquí no los quiere nadie.

—Pero han nacido en la República Dominicana, ¿no?

—Sí, la mayoría son segunda y tercera generación, pero los dominicanos hacen distinción, ¿no notas que tienen la piel más oscura?

—Lo que nos faltaba, que los dominicanos también sean unos racistas.

—Bienvenida a la realidad, aquí a los de origen haitiano los suelen tratar a patadas.

SARA SIENTE un enorme desagrado:

—Llevo solo cuatro días en este batey y se me cae el alma a los pies, qué mal rollo me da este lugar.

—Mejor que trates de recoger ese alma tuya, porque creo que el tema prioritario es ver cómo podemos ayudar a esta gente.

—¿Mandamos a la mierda a los gobernantes? Me parece fatal que se discrimine a las personas por sus orígenes.

—¿Pensabas que ese «privilegio» era solo de los blancos europeos? Vas buena.

—Lo de Europa es terrible.

—Pasa en todas partes, pero en Europa lo verbalizamos y lo denunciemos.

—Nosotros hemos creado este sistema de explotación, nosotros tenemos la culpa.

—A mí no me incluyas, Sara.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, estoy más allá del rollo de lo malos que somos. Yo soy pragmático.

—¿Qué es ser pragmático?

—Hacer lo que buenamente puedas cada día.

SARA LE AYUDA A CARGAR cajas de alimentos, recogen medicinas y David se detiene cerca de un bazar y compra un balón de fútbol.

—EL QUE TIENEN los chavales está que da pena. Esto les alegrará.

—¿Y las niñas?

—¿Qué pasa con las niñas?

—¿No les vas a comprar otro balón?

SARA SE LANZA a darle un discurso sobre igualdad y machismo que deja a David perplejo.

—SI TANTO TE PREOCUPA, compra un balón para las niñas.

—Por supuesto.

SARA BAJA DEL COCHE, va a por otro balón y regresa con gesto altivo.

—DISCULPA, NO QUERÍA ofenderte, a los chicos les gusta mucho el fútbol. A las niñas de aquí no tanto, les preocupan otras cosas —acierta a decir David tratando de ser conciliador.

—Pues tienen que tener las mismas oportunidades.

—Creo que hay otras prioridades, pero claro, tú entiendes de eso y yo parece que no tanto.

David piensa que Sara, incluso llamándole machista, está guapa, que el sol y el polvo del camino le sientan bien, que es una pena que solo se quede una semana más, porque no le dará tiempo a darse cuenta de que las cosas son de otra manera, de que las teorías y los discursos no tienen nada que ver con la vida.

—A LAS NIÑAS lo que les gusta es aprender a leer y a escribir. Tienen tanto que hacer ayudando a las familias, que cuando nos buscan es para que les enseñemos a escribir en papel.

—¿De verdad?

—Sí, tengo cuadernos en mi recámara, y lápices, si quieres cuando vengan a vernos puedes pasar un rato con ellas dibujando y escribiendo.

—No es mala idea.

—A los críos les gusta más correr tras el balón. A esos no hay manera de hacerles juntar dos letras.

SARA SE PERCATA de que David le está mandando un mensaje, pero le molesta perder la razón, apoya su barbilla en el balón que ha comprado y se queda en silencio. Esa misma tarde tratará de montar un equipo de niñas futbolistas.

DAVID Y SARA regresan al campamento, descargan las cosas y David busca unas herramientas para arreglar la bomba del pozo. Sara reúne al grupo de las niñas que vuelven con cubos de agua vacíos y se alegran de que David esté aflojando la palanca.

—Os he traído un regalo —dice Sara animosa mientras les muestra el balón—, podemos montar un equipo como los chicos.

Las niñas sonríen, en sus rostros se nota que no sienten que sea el mejor regalo, pero no quieren ofenderla.

—Gracias —la más pequeña se acerca a recogerlo.

—¿Y si se lo damos a los chicos? —se atreve a decir una de ellas.

—A ellos también les van a dar uno. Vosotras tenéis el vuestro.

—¿Y tenemos que jugar? —pregunta otra de las niñas.

—Claro, podemos hacer un equipo de niñas —les explica Sara.

—¿Y si no queremos jugar? —pregunta otra.

—¿Por qué no vais a querer jugar? —responde Sara sorprendida.

—Porque hace calor y es aburrido —aciertan a decir varias.

—A ellos les gusta jugar al fútbol —argumenta Sara.

—Porque son idiotas y no saben hacer otra cosa —las niñas van desgranando sus voces con respuestas.

Sara se siente ridícula argumentando con ellas:

—He creído que tal vez queráis ser como ellos.

—¿Cómo los chicos? Nooooo.

—Pues a mí me gustaba de niña jugar al fútbol.

—Pida a los chicos que le dejen jugar.

—Ya soy mayor.

—Aunque sea mayor no importa. Lleve nuestro balón, seguro que le dejan jugar con ellos.

Será en un meandro del río

FLORENCIA CALVO

A Diego, nuestro gran héroe

(Buenos Aires, 1971), es docente en la Universidad de Buenos Aires e Investigadora del Conicet, especialista en literatura española de los siglos XVI y XVII. Dirige proyectos de investigación sobre Lope de Vega y la poesía del Barroco. En 2020 publicó su *nouvelle Jabalí* en la editorial Falsotróbol. Su relato «Nueve fotos y el Diez» integra el volumen *Maradona, uno de los nuestros*, publicado en Sevilla en 2021. Tiene una novela inédita, *Los guantes de Yashin*, y en la actualidad está trabajando en un libro de poemas. También es portera de fútbol.

Sos como Jordan flotando
sobre las manos del resto
y en las alturas
estás tan sola.
Y yo sentado jugando
con la pelota en la plaza.
No pasa nada, y no entra una.
(*Jordan, Eté & Los Problems*)

I

LA LANCHA ESPERA en el mismo lugar todas las mañanas. A veces levanta una espuma profunda, blanca brillante en el agua espesa de basura; otras no. El cruce dura diez minutos, algunas jugadoras lo tienen cronometrado porque en ese intervalo se calzan los botines, se suben las medias, se ponen las camisetas. El motor ruge mineral, empastado, huele a gasoil náutico mientras el conductor intenta hacerlo

arrancar con una tanza filosa, tirante, asesina para así poder bordear el meandro, que estalla de burbujas gaseosas. El tiempo pasa demasiado rápido. En diez minutos los cordones de los botines se endurecen, las pantorrillas todas sin depilar oponen una resistencia épica a las medias, que quieren ganar la batalla y las aprietan casi impidiendo que la sangre circule, tiñendo de violeta las rodillas. Las chicas se tapan unas a otras para que los tres o cuatro pibes que les tiran piedras desde las riberas no las vean mientras se acomodan los corpiños deportivos.

Las rivales llegan caminando, sostienen que caminando por el puente que conecta ese istmo con la tierra firme el camino es más corto. Más allá de las diferencias todas coinciden en llamar al meandro río de Frigia, a la cancha de pasto amarillo quemado por el verano esmeralda en mármol engastada y al mediodía salamandra del sol vestido estrellas. Pero demasiado cerca hay un matadero que se anuncia cada vez que el viento sopla del este y hace explotar las metáforas por el aire. Las veintidós chicas aparecen en otoño, el campeonato tiene cinco fechas; cuando comenzó, ya nadie sabe hace cuánto tiempo, se llamaba Festival de Fútbol Poético.

Cinco partidos, cinco justas poéticas. Cancha de once en medio de la única vuelta de un río rectificadado. No hay árbitros, no se suspende por lluvia, a no ser que llueva tanto que se borren las líneas de cal que delimitan el campo de juego, la esmeralda, el mármol. Cinco fechas distribuidas a lo largo del otoño, ni tan al principio de la estación que todavía haga mucho calor, ni tan al final que los árboles no tengan ya hojas, pero tampoco tan al medio porque las hojas

caídas esconden la cancha. Hay una serie de reglas no escritas que se transmiten a lo largo de los años: dos cambios permitidos más el de la arquera, hay *offside* pero nunca se cobra, nadie puede jugar sin canilleras, cada tiempo dura cuarenta minutos, pero si se levanta el pasto y el barro forma una suela nueva en los botines, los partidos terminan antes. En el entretiempo se arma una fila por equipo en cada uno de los piletos que miran hacia donde el río da su vuelta, todas tratan de no tocar los grifos con los labios aunque la mayoría piensa que el agua mana más cristalina que un cristal luciente. El primer partido siempre es para estudiarse: el equipo que cruza en lancha suele presentar una formación más ofensiva, tal vez arcaica, tres-cuatro-tres. Sus jugadoras no llevan números en las camisetas, son *half*, *wines* o centro *forwards*. Las que cruzan a pie son más tácticas, cambian sus esquemas de acuerdo a los objetivos, tienen pizarras donde diseñan jugadas, el primer partido casi siempre forman uno-cuatro-tres-dos. Llevan números en las casacas, son enganches, centrales, delanteras. Generalmente ese primer partido es tedioso, empate en cero; suele coincidir con el único día de calor del certamen. Con el paso de los días los partidos se abren, aparecen los goles, los botines se ablandan y los elásticos ceden, las medias se caen sobre los tobillos. Las jugadoras dibujan jugadas, se abrazan con los goles, escupen en el pasto, miran al cielo. Los dos equipos tienen muy buenas arqueras, vuelan como flechas, atajan penales, se revuelcan en cada salida y cuando el balón entra al arco se comen las lágrimas y siguen defendiendo las redes como si estuvieran invictas. La quinta fecha es la mejor, porque es la última y porque ya están todas acostumbradas al

olor del agua, a los pases de a tres, a los golazos que hacen temblar las redes. Y los poemas que vienen al terminar el partido también son los mejores, hay mayor libertad, no hay esquemas métricos obligatorios, ni formas estróficas predeterminadas, ni siquiera rimas. La primera fecha casi siempre son décimas, la segunda sonetos, la tercera octavas, la cuarta silvas y la última libre. La quinta fecha tampoco tiene exigencia de temas, ni paisaje, ni historias del juego, ni mitología, ni nada. Parecería ser que tanto el fútbol como la poesía siguen las mismas reglas, evolucionan del mismo modo, se van transformando en el mismo objeto a lo largo de esas cinco fechas. Parecería también que las estrategias de juego repercuten en el lenguaje poético. Así, cuando los goles llegan después de infinitos pases y vueltas y demostraciones de destreza, los poemas son casi oscuros, complicados en su sintaxis, siempre acuden a metáforas dobles o triples que utilizan colores, piedras preciosas o dioses de la mitología. Sin embargo, cuando el juego es claro, certero y los goles son por pelotazos limpios y directos, los recitados posteriores se vuelven transparentes, sencillos, pero no por eso menos poéticos. Hay algunos datos curiosos: los equipos no llevan nombres, solo son el equipo de las que cruzan en barco y el equipo de las que llegan caminando; nadie conoce a las jugadoras, no entrenan durante el año en ninguno de los clubes que juegan en primera, no son vecinas de la cancha, no son escritoras ni poetisas conocidas aunque durante el otoño ofrecen el mejor fútbol y los mejores poemas. Hay también algunos rumores que circulan: dicen que los pobladores más antiguos de las riberas juran que las chicas son siempre las mismas, que no envejecen, que traen arpones

de cazar focas manchados de sangre, que parecen emerger de las profundidades del río con olor a matadero; afirman también que a los chicos más jóvenes que se juntan en la orilla a tirar piedras, cuando pasa la lancha de las jugadoras, las manos les quedan congeladas en el aire y las piedras se transforman en rocas de veinte toneladas. Sin embargo, nadie conoce estos testimonios de primera mano, nadie puede afirmar nada de esto con certeza.

II

FUE TAMBIÉN UN OTOÑO hace ya mucho tiempo, el mundo esperaba entre dos guerras, la cancha ya llevaba más de diez años terminada pero los tablonos aún no habían dejado de largar el olor a madera recién cortada. Cada domingo el hombre llegaba temprano, se sentaba en los escalones más altos alejado del resto de los hinchas. Casi siempre dormitaba mientras esperaba que empezara el partido. Los días de la semana se le estiraban neblinosos, agotadores: el agua fría de la ducha de la pensión que lo despertaba por las mañanas, los zapatos de trabajo que le apretaban los pies mientrasambulaba por los corredores de la usina, el río que acechaba ausente como preámbulo de ese océano gigante que lo separaba de la tierra, de las montañas y de los cielos donde había nacido. Sin embargo, los domingos instalaban una dimensión distinta en ese panorama gris en el que se había convertido su vida. Salía cerca del mediodía, cruzaba las vías, paraba por el camino a comer algo, atravesaba la avenida a la que la hinchada le ponía un cielo de fútbol duro, de bandera roja y blanca, escuchaba cómo el aire se llenaba del humo áspero

de la pólvora festiva y con el billete de la entrada temblándole en la mano se acomodaba en el tablón más alto, el que más vibraba con las jugadas de gol. Iba siempre solo, sus compañeros de trabajo eran del otro equipo, del azul y blanco. Recordaba una tarde de final, algún domingo de mayo. La cancha explotaba de gente, los visitantes habían copado todas las tribunas de las esquinas. El partido empezó más tarde de lo previsto, el rojo y blanco de las camisetas calientes contrastaba con el glacial azul y amarillo de los rivales. Durante el primer tiempo los equipos se estudiaban, se acechaban como bestias en celo, los veintidós jugadores sabían que el más mínimo error les podía costar el partido, el juego era trabado, la pelota no pasaba de mitad de cancha. De repente un jugador del equipo azul y oro esquivó a dos defensores y entró al área solo frente al arquero, que, desesperado, lo único que atinó a hacer fue bajarlo de una patada. Penal y tarjeta roja, el arquero salió sin protestar. Salió también un delantero y entró el arquero suplente, a quien ya esperaba el rival frente a los doce pasos. El árbitro tocó el silbato, la pelota salió a media altura con la fuerza de un huracán, bien dirigida al palo izquierdo, el arquero recién entrado voló con las dos manos, rozó el balón y lo sacó hacia afuera. Así terminó el primer tiempo.

En el entretiempo el hombre se sentía nervioso al pensar que a su equipo se le escapaba el campeonato; no entendía cómo después de todo lo que le había atravesado en la vida el resultado de un partido en el medio de un bosque de una ciudad perdida del hemisferio sur le podía parecer tan importante. Después, se distrajo con el humo de los chorizos que dibujaba siluetas en el cielo hasta que volvieron los equi-

pos al campo de juego. El segundo tiempo no tuvo ninguna emoción, el equipo rojiblanco se paró en un esquema cuatro-cuatro-uno y no dejó pasar ni un ataque. Ya el partido corría hacia el final, todo hacía pensar un empate seguro. En el minuto 44 tiro de esquina para el equipo rojo, nueve jugadores en el área para enganchar el tiro, meterla adentro y ganar el partido, todos en el área a cabecear. Un fantasma recorría la tribuna local en forma de pregunta: «¿Por qué no sube a cabecear el arquero? Se nos está yendo el campeonato». El jugador pateó desde el banderín del córner y en vez de meter la pelota en el área la mandó con todas sus fuerzas hasta la mitad de cancha, a donde acababa de llegar el arquero, al que nadie marcaba. En segundos el arquero cazó la pelota en el aire y de volea con un botinazo épico la clavó en el ángulo de los azul y oro, que vieron moverse las redes mientras su arquero volaba en vano. El hombre sentía estremecerse los tablones, rugir la tribuna, estallar las banderas en el viento de la tarde que se iba. Los jugadores se abrazaban en el pasto formando una bola humana, sus cuerpos se fundían en el cansancio y en la hazaña. Cuando se incorporaron, en un segundo de silencio se escuchó el silbato del árbitro terminando el encuentro y otra vez el ruido del bosque se cubrió de festejos rojos y blancos. El hombre emprendió el camino de regreso a su pensión, el triunfo le alegraría la semana. Años después el hombre va a ser famoso, enfrentará multitudes similares, volverá a escuchar estruendos de derrotas, pero sobre todo rugidos de victoria. Nunca se va a olvidar ni de esas tardes cruzando las vías para emocionarse con las once camisetas rojas y blancas ni de ese arquero suplente de la doble hazaña: atajar un penal imposible y clavar

un pelotazo de triunfo en el último minuto, despacio y desde la mitad de cancha.

III

DECIDÍ ENTONCES TOMARME un día de vacaciones, escapar del verano de Buenos Aires, esos días en los que la ciudad se vuelve imposible, el cielo se ensucia de calor, el aire se llena de gotas invisibles, el viento desaparece. El proyecto de las dos historias ya estaba bastante avanzado: había estado revisando algunos archivos, tenía los argumentos, había hecho en mis libretas algunas anotaciones y logrado construir con ellas algunas metáforas. Era cuestión de sentarme a escribir. Pensé que un día en Montevideo, metida en el río que nunca se hace profundo, secándome en la arena gruesa de la orilla; el viento que ahí sopla suave me iba a poder ayudar a decidir cómo encararlas, qué formato darles y lo más importante pensar cómo iba a hacer para publicarlas rápido.

Eso era cruzar a Montevideo. O tal vez era simplemente mirar moverse el barco en esa estepa líquida, casi un mar violeta y ordenar mis pensamientos. Me imaginé que era una gran escritora cruzando a Montevideo, llevando un diario de ese viaje. Me imaginé todas las posibilidades: desde Echeverría hasta Mairal, dándole formas a diversas bitácoras del paso. Me imaginé también a mi amigo el escritor Nacho Molina, furioso hinchado de Excursionistas, interlocutor constante de mis inquietudes sobre los modos de contar historias de fútbol, otro admirador de Montevideo. Me gustaba pensar también que había algo de literario, de creativo

solo en el hecho de atravesar el río de la Plata, que ni siquiera es río.

A las cuatro de la mañana salí de casa, llevaba una mochila casi nueva, cargué en ella mis papeles, mis tres lapiceras de cartuchos diferentes: verde, rojo y negro, chicles de menta y una botella de agua. También llevé, como siempre y por las dudas de que los necesitara para algo, unos guantes de arquera, de color entre amarillo fluo y verde. Eran el recordatorio de que además de las historias breves también tenía que terminar de darle forma a mi vieja novela: la de los guantes del arquero leyenda del fútbol soviético, Lev Yashin. La novela se basaba en la vida de la heredera de esos guantes, una arquera argentina que va a jugar unos partidos a la URSS. Siempre trataba de tener mis guantes cerca, funcionaban como la alarma de un despertador.

Los alrededores del puerto de Buenos Aires estaban en obra. «Ojalá que el barco no se mueva», pensé mientras caminaba haciendo equilibrio sobre un tablón que flotaba en el cemento fresco de la calles destrozadas. Recordé uno de mis últimos viajes en el que el río estaba demasiado encrespado y se sentía el ruido de la quilla golpeando sobre las olas que volaban sobre el techo de barco. Recordé también a las futbolistas de la primera de mis historias, las que intentaban leer poemas en el medio del Riachuelo, luego de escribir con sus botines la épica en el barro de la cancha de Victoriano Arenas. Tanto movimiento y tanto recuerdo me hicieron meter el pie en el cemento fresco, lo interpreté como un buen augurio: por donde pasaba estaba dejando mi huella.

Cuando el barco entró al puerto de Montevideo siguieron las señales venturosas: el río calmo, el sol reflejado en los

ventanales. Salí de la zona portuaria, me detuve como siempre a mirar ese monumento tan curioso, esa especie de mojón y tótem armado por los nombres de las ciudades del mundo y las distancias que hay a cada una de ellas, pasé luego por el molinete de la prefectura y empecé a caminar por la rambla sin un rumbo demasiado fijo. A la hora de marcha tenía el cuello empapado de calor. Unas mujeres se mojaban la cabeza en una canilla, preferí bajar a la playa y meterme en el río. Tenía puesto el traje de baño debajo de la ropa, hice un bollo con ella y la dejé tapando la mochila. Primero metí los pies, el fondo estaba fangoso pero no me hundía. Me alejé casi cien metros de la orilla sin lograr que el agua me llegara más arriba de la cintura. Entonces me tapé la nariz, cerré los ojos y me sumergí para mojarme el pelo. Me quedé un rato sentada en el barro, sin lograr refrescarme del todo. Mi mochila era un punto lejanísimo en medio de la arena. En ese momento me di cuenta de que no tenía toalla, ni tampoco ropa para cambiarme. Salí del río y me quedé un rato tirada en el sol para poder secarme. Otra vez me acordé de mis jugadoras y de sus versos, la dulce lengua de templado fuego me retumbaba en los oídos, pero el sol del mediodía montevideano no secó casi nada. Pese a eso yo seguía leyendo los signos propicios en la naturaleza. Decidí, entonces, buscar algún lugar para secarme bien, almorzar y, a lo mejor, escribir algo o por lo menos ordenar las ideas que se me iban ocurriendo al caminar a la par de ese río tan igual pero tan distinto al de Buenos Aires.

Subí por una calle perpendicular a la costa y en una esquina encontré un bar, un poco oscuro, sin carteles que lo anunciaran; me gustó que no había casi nadie. Cuando atra-

vesé la puerta me volví a tropezar, ahora porque venía encguecida del afuera y adentro no se veía demasiado bien, el piso era de maderas un poco desvencijadas que se movían al pisarlas, de modo bastante similar al tablón sobre el cemento fresco en el que tuve que caminar para llegar al barco en Buenos Aires. Por eso volví a tomar esa simetría como una marca de que el destino era todo mío, en las dos ciudades. Moví la mano para sostenerme de un marco, pero hice un gesto como si estuviera saludando, para disimular la posible caída. Escuché que alguien amigablemente me decía: «Cuidado, no se caiga». Sonreí hacia donde había partido la voz y me dispuse a pasar allí una o dos horas.

Lo primero que pude distinguir fue una cantidad de botellas de *whisky* viejísimas, de treinta o cuarenta años atrás, pero como el *whisky* no se estropea me imaginé que los pocos clientes que parecían estar ahí sentados de siempre se las estarían acabando de a poco. Las mesas tenían las patas de madera y unas tapas de fórmica gris. Estaban cubiertas por una capa de grasa que hizo que mis manos quedaran pegadas cuando las apoyé. Me senté al lado de la ventana. Pedí una Pilsen y una tortilla, el borde del plato estaba con algo de polvo así que le pasé una servilleta de papel, sobre todo para que el gusto a tierra no se mezclara con la tortilla que estaba exquisita. En medio de la oscuridad y de la humedad de las paredes pude ver un cuadro de Gardel y otro de Franco. Otra pared estaba cubierta por una estantería repleta de vinos en cajas. Pude leer Santa Teresa y Faisán, me parecieron nombres muy curiosos para vinos. Pensé que serían también muy viejos y que ya nadie los tomaría. Entre las cajas me llamó la atención un escudo de colores rojos, celestes y blancos:

era el escudo de Deportivo Español, un club de Buenos Aires al que yo en una época seguía todos los domingos porque tenía como proyecto escribir su historia. Una vez más percibí esas tres imágenes como buenos augurios, como signos de que me iba a consagrar como la mejor escritora de historias de fútbol en ambas márgenes del río de la Plata y tal vez del otro lado del océano.

Pedí otra cerveza. Me excitaba la idea de describir ese lugar como el sitio donde tuve algo así como una epifanía de que sería una gran escritora. Saqué mi cuaderno, mis lapiceras de tintas diversas y me dispuse a escribir. Enfrente se veía un edificio con una bandera gigante y un cartel que decía INTERPOL. Se me ocurrió que podía añadirle a mi segunda historia algún componente de espionaje internacional. Miré, entonces, detenidamente el cartel para poder describir bien su tipografía y su tamaño. En ese momento uno de los hombres se me acercó, olía un poco a alcohol pero no tanto como para parecer borracho.

«Bonita, ¿qué haces?», me preguntó y me hizo acordar a mi abuela que también me decía bonita.

«Nada, escribo algo sobre ese lugar», le respondí señalando con la cabeza la bandera y el cartel que estaban al cruzar la calle.

«No, de ahí solo pueden salir historias tristes», escuché que me decía mientras se perdía en una pena rara que no intenté entender. Seguí yo para animarlo: «Soy escritora, acabo de terminar dos historias, ni tan largas como novelas, ni tan breves como cuentos, voy a publicar un libro con las dos». «Ah, dos *nouvelles*», me sorprendió con su conocimiento, «Sí, sí claro, así se llaman, es más así se va a llamar

el libro, *Dos nouvelles*, las dos se tratan de fútbol». No sé si algo había en el hombre que me inspiraba confianza o si la tercera botella de Pilsen ya vacía que tenía sobre mi mesa había logrado transformar a mi interlocutor en el Menéndez Pelayo de la filología uruguaya. «Montevideo ha dado muchas escritoras mujeres», me explicaba. «Síii, muchas», contesté, mientras me acordaba de un poema que cuando era chica siempre me paraba en una silla a recitar de memoria: «Porque es áspera y fea / porque todas sus ramas son grises / yo le tengo piedad a la higuera». Pero, claro, ahora que ya estaba un poco mayor más que la higuera me resonaba el «no volveré a tocarte / no te veré morir». Estaba claro que Uruguay tenía grandes escritoras.

El hombre pidió otra botella de cerveza para mí, se llenó su vaso una vez más con lo que supuse que era ese *whisky* prehistórico y encaminó su argumentación por otro lado. «Acá hay una escritora uruguaya que escribe sobre fútbol, lo hace muy bien, tiene más de cincuenta años, pero se hizo conocida no hace mucho. Primero fue famosa porque comenzó a circular por las redes un video de ella hablando con un periodista cuando era niña, 9 o 10 años el día que Peñarol salió campeón del mundo. Bonita, si tiene un celular puede verlo, está en YouTube seguro».

La historia me estaba atrapando más que mi cuaderno en blanco que esperaba sobre la mesa, así que abrí YouTube, puse «Peñarol campeón del mundo» y lo encontré en seguida. Una nena aparece subida a un alambrado, con un gorro visera amarillo y negro y le habla de igual a igual al periodista. Le dice en un tono admonitorio «Escúcheme, Peñarol es el campeón del mundo, yo estoy feliz, escú-

cheme y espero que lo sea por muchos años», y toda esa solemnidad que la hace parecer una hinchada de 1930 infiltrada en los ochenta se desvanece cuando saluda al periodista diciéndole «Chau pibe».

Pensé sin decirle a mi compañero que estaban ahí las razones del éxito: la melancolía de cualquier infancia de los setenta cayéndose en la década siguiente, infancias de felicidad de canchas de fútbol, de poesías de Juana de Ibarbourou, de chicos y chicas pateando la pelota en las veredas. No hay que narrar el fútbol, hay que relatar esas infancias de antes en las que el fútbol ocupaba un lugar fundamental. Y ahí me perdí entre la memoria o en los litros de cerveza. Me acordé del campeonato de River del 79, paseando entre los autos a los bocinazos por el barrio de Núñez; me acordé de la primera vez que fui a un estadio, con mi papá a ver a Almagro en su cancha de los suburbios. Una vez más vislumbré esa simetría que había venido descubriendo desde la madrugada, pero ahora con la niña de Peñarol. Algo me decía que no era tan seguro que fuera propicia.

«Bueno, esa muchachita ahora es escritora», mi nuevo amigo me sacó de mis cavilaciones nostálgicas. «Escribe sobre fútbol, canchas perdidas, mujeres futbolistas a lo largo de la historia. Su mejor relato se trata de unas ninfas del río, misteriosas, que atraviesan el tiempo y el espacio, que saltan de bordar historias mitológicas en el Tajo a jugar al fútbol y a participar en justas poéticas en la cancha de Rampla Juniors. Claro, pero usted, bonita, no es de acá. ¿No sabe dónde queda esa cancha no?», el hombre me miró con unos ojos ya un poco mojados por el alcohol que querían decirme no sé si le voy a poder explicar. Entonces hablé yo: «Será

en un meandro del río», arriesgué con una voz que casi no me salía porque no quería ni oír la respuesta ni nada de lo que vendría después.

Pero se ve que el hombre tenía ganas de hablar y no tenía con quién, se ve además que conocía a la perfección la obra de esta misteriosa escritora uruguaya. Me explicó mientras seguía jugando con su vaso que la cancha no estaba en un meandro puro pero sí en una vuelta rara que hace la costa, que tan rara es la vuelta que uno de los lados de la cancha es el río y que la mejor manera de llegar es en una lancha. Me explicó también que eso quedaba muy claro en la historia: que son dos equipos, que a uno le gusta llegar por tierra y al otro por el mar, así como le dicen los montevideanos al río, que las jugadoras recitan, que saben armar imágenes con las palabras pero también con la pelota, que se describen cinco fechas, que el relato está ambientado en el otoño. Era un lector atento y un buen transmisor. Cuando terminó su descripción recordó que la historia no era ni tan corta como un cuento, ni tan larga como una novela. «Una *nouvelle* como vimos hace un rato», me dijo, «qué coincidencia, como las suyas, bonita».

Y siguió, tan preciso como un cuchillo: «Esta escritora también tiene una novela. Es sobre un arquero mítico de la antigua Unión Soviética, Lev Yashin. ¿Le suena el nombre?», me preguntó.

«Sí, creo que alguna vez lo escuché nombrar», le respondí, «pero no estoy segura».

«Bueno, ella escribió una novela a que no se imagina sobre qué?». «¿Sobre sus guantes?». «Claro, por supuesto, ¿cómo se le ocurrió?». Y en mi respuesta podría haber rela-

tado la sucesión de coincidencias que comenzaron con mi pie tropezando en el cemento fresco, pero solo atiné a decirle: «Y ¿qué puede ser interesante de un arquero más que sus guantes?». Me contó que la novela la había leído hacía un tiempo, que se llamaba *Los guantes de Yashin* y relataba una historia verdadera documentada en diarios de la época. La Araña Negra (ese era el apodo del portero soviético, me aclaró mi amigo creyendo que yo lo ignoraba) le había legado sus guantes a Ladislao Mazurkiewicz, el mejor arquero uruguayo de todos los tiempos; en esta obra se relata todo ese proceso pero en el medio hay una arquera que se disfraza de varón y se enamora de Yashin. Terminó diciéndome que no me iba a contar el final porque si no, no lo iba a querer leer. No importa, pensé, podría imaginar ese final palabra por palabra, letra por letra.

Cerré mi cuaderno que había quedado en blanco, conté las botellas, eran cinco Pilsen y una Zillerthal, además me había comido dos pedazos de tortilla. Llamé al mozo, le pagué y me levanté sintiendo temblar las maderas del piso bajo mis pies. «Me falta contarle de qué se trata la otra *nouvelle* de esta escritora», escuché que me decía el hombre. «No se preocupe, creo que la leí», le respondí. «No puede ser, todavía no la publicó», insistió. «En alguna entrevista de algún portal literario la habrá adelantado», le dije y le doblé la apuesta: «¿No es una sobre el mariscal Tito?, ¿que anda por algún suburbio de Montevideo en la década del treinta?, ¿que trabaja en una usina o en un frigorífico?, ¿que vive en una pensión?, ¿que es hincha del River Plate de Montevideo porque tiene una camiseta roja y blanca a barras que le recuerda su equipo de Belgrado? ¿Que está de incóg-

nito antes de irse a pelear por la República española? ¿Que nunca se va a olvidar esas tardes pegado al alambrado, quedándose afónico al gritar los goles? ¿Que una mañana helada, en los funerales de Stalin, queriendo escabullirse, entre hombres con gorros de pieles con tantas ganas de escaparse como él, va a escuchar hablar en español a Dolores Ibárruri, Pasionaria, única mujer ahí en medio y va a recordar esos domingos de hemisferio sur? ¿Esos domingos en los que alguien lo apodó Tito y en los que gracias al fútbol aprendió algunas palabras del idioma de Garcilaso, de Lope, de Góngora, de Esteban Echeverría, de Juana de Ibarbourou, de Pedro Maioral, de Idea Vilariño, de Nacho Molina?».

«Sí, sí, claro, bonita, es esa. Tiene razón, se ve que la adelantó en algún lado y yo no me enteré. No sé cómo no me enteré porque la sigo bastante desde el video de la niña de Peñarol».

«Sí, muy raro», le respondí. «No recuerdo cómo me enteré yo». Guardé todas mis cosas, le di la mano a esta especie de Menéndez Pelayo que se me había cruzado en mi día montevideano, le agradecí y me fui. El sol de la tarde seguía pegando bastante fuerte. Volví a la rambla porque quería meterme otra vez en el río. Limpiarme de ese día inútil que solo me había servido para confirmar que ya está todo escrito.

Al bajar a la playa me llamó la atención un partido que estaban jugando en la ancha franja de pasto que me separaba del agua. Era críquet, dos equipos con camisetas, banderas, hinchadas. Parecía una postal de otros puertos. La mayoría de los jugadores eran paquistaníes. En vez de enfilarse para el río me refresqué la cabeza con una canilla que había por ahí,

la misma que usaban las mujeres al mediodía, me sacudí bien el pelo para que no me mojara la espalda y me senté al borde de la cancha. Mientras los veía jugar me imaginé que eran marineros bajados de algún barco que buscaban algún lugar grande que sirviera de cancha y en cada ciudad que paraban jugaban una fecha de un mundial de críquet. La final se jugaba siempre en Montevideo. Me imaginé las reglas, los terceros tiempos. Pensé que lo podía completar con algún misterio, los marineros traficaban langostinos en el bar y algunos terminaban presos en el edificio de Interpol, tal vez podía incluir un asesinato a bordo que se descubriría solo la tarde de la final porque el *crack* nunca aparecía. O relatar una historia de amor de algunos de ellos. Pero también podría hacer la prueba de quebrar el realismo: contar historias de zombis o de habitantes de Saturno que se instalan en Buenos Aires y desafían a los paquistanés a jugar un críquet de ambas orillas. Miré el reloj, todavía faltaban dos horas para que saliera el barco. Abrí la mochila, desenvolví un chicle de menta, me lo puse en la boca, saqué mi cuaderno, elegí la lapicera de tinta negra y empecé a escribir contenta, pensando que si no hubiera cruzado el río me hubiera quedado sin esa gran historia.